

Víctor Vázquez Portomeñe

**EUROPA
Y EL CAMINO DE SANTIAGO**

7 de Julio de 1995

EL EXCMO. SR. D. VICTOR VÁZQUEZ PORTOMEÑE, ES DIPUTADO DEL PARLAMENTO GALLEGO, PORTAVOZ DEL GOBIERNO DE LA XUNTA DE GALICIA, Y CONSELLEIRO DE CULTURA DE LA XUNTA DE GALICIA.

«He de consignar para la posteridad lo que aconteció en Galicia tras la muerte de Carlomagno. Como después de la muerte de Carlomagno la tierra de Galicia descansase en paz prolongada durante mucho tiempo, por instigación del demonio surgió cierto sarraceno, Almanzor de Córdoba, que decía que él conquistaría y sometería a las leyes del Islam la tierra gallega y española, que Carlomagno había en otro tiempo arrebatado a sus antecesores. Entonces, habiendo reunido muchos ejércitos, llegó, devastando las tierras de la patria por todas partes, hasta la ciudad de Santiago y robó por la fuerza todo lo que en ella encontró. Igualmente devastó por completo e indignamente la basílica del Apóstol y se llevó de ella los códices, mesas de plata, las campanas y los demás ornamentos».

Escogí este párrafo del Códice Calixtino,... señoras y señores, como pórtico de entrada a mi intervención, porque creo que en él están recogidas histórica y simbólicamente, los principales problemas y dolores que darán lugar al nacimiento de lo que se conocerá como Europa Occidental.

El eterno conflicto, la lucha entre el bien y el mal, la «Ciudad de Dios» y la «Ciudad terrena», el cristianismo y el islamismo. Carlomagno y Almanzor.

Como es lógico pensar, el Dios de cada quien intervendrá de parte «de los suyos», «de los buenos». El Dios «de los europeos», el de los cristianos, castigará a Almanzor, ya en el mismo Santiago. Almanzor medio se convierte y promete no volver a Santiago, aunque por mucho tiempo seguirá haciendo de las suyas por otras tierras de España. Por fin otro castigo divino, hace que huya para siempre, y como consecuencia, según el propio Códice Calixtino: «No hubo luego en mucho tiempo quien se atreviese a invadir la *patria de Santiago*».

Observen que aquí ya aparece el verdadero ejecutor de los designios del Dios de los cristianos. Además aparece como guardián de una patria: España, que era justamente la puerta de Europa.

La puerta que en Europa Occidental estaba naciendo, tenía que cerrar al Islam. Además de los ejércitos, había que poner un buen portero, y ¡que mejor portero que un Apóstol de Cristo!, cuyos restos además, curiosa, o providencialmente, aparecen en estos momentos de verdadero aprieto y terribles dificultades.

Veámoslo:

Imperio de Oriente: Bizancio

La conquista de los árabes, a expensas del imperio romano de Oriente, provoca en éste una muy profunda crisis, que junto con las dificultades económicas pone en entredicho la propia razón de ser del Imperio: la institución de la Ciudad de Dios, en la que tanto creyera Justiniano.

Durante un tiempo Bizancio conservó el dominio de los mares, pero a partir del 820 pierde también la supremacía marítima. El imperio queda reducido a Constantinopla, Asia Menor y poco más. Con la conquista árabe empieza para Bizancio «ese papel histórico de defensa perpétua que se prolongó hasta el siglo XV, con alternancias de contracción y expansión», según palabras textuales de Louis Bréhier.

La Europa de Occidente

En lo que será la *Europa Occidental*, las cosas en vísperas del siglo IX, no estaban mejor:

- Italia dividida.
- Inglaterra fragmentada.
- El estado Franco en total descomposición.
- España prácticamente cubierta por la ola musulmana.

Están en peligro: La Iglesia, Occidente, y aquella vieja idea de una Europa unida en un Imperio y en una fe. O al revés, que para entonces era casi lo mismo.

Empieza entonces, un gran esfuerzo de reagrupamiento que lidera una familia de grandes propietarios austrasianos, la familia de los Pipínidas.

Carlos Martel, hijo bastardo de un «Pipínida», consigue juntar en sus manos el poder que supone ser intendente de tres palacios, y con dos sonadas victorias sobre los musulmanes en Poitiers (732) y Provenza alcanza un enorme prestigio como «*eficaz defensor de Occidente*».

En el año 750 el papa Zacarías aprueba y refrenda el ascenso de Pipino, hijo de Carlos Martel, al trono de los merovingios. Poco después acontece algo mucho más importante, en el año 753 el papa Esteban II, sucesor de Zacarías, consagra a Pipino como Rey. Este hecho tendría una gran trascendencia, y a partir de esta fecha la *consagración será un aspecto esencial en el ascenso al trono*, resaltándose así en la Europa Occidental la primacía de la Iglesia sobre el poder civil y la relevancia del Cristianismo como componente de la cultura de valores comunes.

Pipino, conocido en la historia por «el Breve», consiguió arrabatarle la Septimania (región situada entre el Ródano y los Pirineos, a la que le viene el nombre de la VII legión romana) a los musulmanes. Conquista de gran importancia, por lo que suponía de aprovechar los Pirineos como barrera contra el Islam.

Todo está preparado para que aparezca la gran figura de la civilización cristiano-europea-occidental de la Edad Media, el hijo de Pipino, Carlos, que pasará a la historia como:

CARLOMAGNO

Nació alrededor del año 742, tal vez algo más tarde.

Pipino muere en el año 768 y divide sus territorios, entre sus dos hijos, Carlos y Carlomán.

El 24 de Septiembre del año 768, asume Carlos la soberanía de Austria y Aquitania. Los otros dominios francos pasan a Carlomán, pero éste muere muy pronto, y así el 4 de Diciembre del 771, Carlos (Carlomagno) reúne en su persona el poder sobre todos los dominios franceses.

En el 773 tomó el título de Rey de los lombardos.

En el 785, consigue la definitiva sumisión y conversión de los sajones. Anexiona Baviera, (deponiendo al duque Tassilio).

Instituye las tres grandes *marcas*: *Bábara, Danesa e Hispánica*.

Consigue unificar Occidente, como nunca lo estuviera después de los romanos. Las «Marcas» en sus fronteras son verdaderos baluartes protectores. Mientras por la parte de Oriente conjura el peligro estableciendo relaciones amistosas con el califa de Bagdad, por la de Occidente actúa en torno a los Pirineos con toda la contundencia. El fracaso de la expedición a Zaragoza lo compensa parcialmente, pues el objetivo definitivo seguía siendo el Ebro, con la ocupación de Gerona, entregada por sus habitantes en el año 785, y por la conquista de Barcelona en el año 801. En la zona entre los Pirineos y el Llobregat, se van instalando aquellos «hispani» a los que la represión de Abd-al-Rahman I, dirigida contra los que habían colaborado con Carlomagno en su fallida expedición sobre Zaragoza, hiciera refugiarse en tierras de los francos, sobre todo en la Septimania.

En el año 800, justamente la noche de Navidad, el papa León III coloca sobre la cabeza de Carlomagno la *corona imperial*, entre la aclamación del pueblo.

Carlomagno está en la cima de su esplendor, *Europa tiene el caudillo que necesita* y el cristianismo el necesario defensor. Procuró siempre cumplir con las tareas de un emperador cristiano: trabajó por extender la fé, luchó contra las herejías, dotó las iglesias, reformó el clero y protegió la moral de los fieles.

El éxito carolingio se debe a muchos factores: al buen uso de los vínculos de vasallaje, a las prebendas bien repartidas; pero de una manera especial a su alianza con la Iglesia a causa de *un fenómeno que afecta a las bases mismas de la civilización de la Europa Occidental, la pugna islamismo-cristianismo*.

Pirenne llega a decir categóricamente: «Es rigurosamente cierto afirmar que, sin Mahoma, Carlomagno es inconcebible».

EL PELIGROSO VECINO DEL SUR

Desde principios del siglo VIII (Batalla de Guadalete 711, Batalla de Covadonga 718) los musulmanes dominan la Península Ibérica y amenazan Europa. Los musulmanes creían que el Estado, sin duda embrionario, que fundara Mahoma tenía un carácter sobrehumano, pues Mahoma

era un profeta y su obra tenía la garantía de Dios. Por lo menos en los momentos de apogeo, estaban convencidos de que el islamismo además de una religión era un sistema político, idea que exhacerbada, aún dura hoy en tierras integristas, como Irán y Sudán.

En los tiempos del califa al no haber separación entre el poder espiritual y el temporal, éste se sintió defensor de la fe musulmana empresa a la que se dedicó con el mayor celo, como los Reyes Carolingios con la fe cristiana.

A partir del tercer Omeya español, Al-Hakam I, se dan los pasos definitivos hacia el máximo esplendor de lo que será el califato de Córdoba.

La línea ascendente culmina con Abd-al-Rahman III, que ocupa el trono desde el 912 hasta el 961. La España musulmana alcanza su cima de poder, prestigio y riqueza entre el 930 y el 980. ¡Medio siglo de gloria en todo el mundo conocido!.

En su tiempo los límites con los cristianos son conceptuados como verdaderas fronteras, y las «marcas», son seriamente reforzadas. Las capitales de las «marcas», se convierten en grandes acuartelamientos permanentes de tropas, lo que da a sus comandantes una enorme fuerza. El ejército adquiere una gran importancia. Este planteamiento es básico durante el reinado de Al-Hakan II (961-976), y sobre todo a partir de la dictadura de Almanzor (981) en que la total militarización del reinado lo refuerza temporalmente, aunque esta exageración lleva dentro las contradicciones internas que acabarán con él.

El que será el gran guerrero Almanzor nace, en el año 939, como Mahamad ben Abdallah ben Alí Ahmer el Mohaferi.

En el año 976 coloca como califa a Hisham que es menor de edad y se autonombra adjunto del hachig. Pasados apenas cinco años elimina al hachig y al prestigioso general Galib y se alza con las jefaturas civil y militar.

Traslada la administración califal a su propio palacio, y hace de Hisham II, al que le deja la jefatura espiritual, una mera figura decorativa encerrada en su propio palacio. Aplasta violentamente cualquier tipo de oposición.

Fue un insigne guerrero, «el Alejandro, el Aníbal, el César de los musulmanes españoles» (Lafuente). A lo largo de 27 años llevó a cabo 52 expediciones bélicas contra los cristianos.

982: Tomó Zaragoza.

984: Arrasó León.

986: Llega a Barcelona.

987: Destruye Coimbra.

997: Destruye SANTIAGO, y hace 4.000 prisioneros que cargan con las campanas de la catedral hasta Córdoba.

Sin embargo respeta la tumba del Apóstol.

En el año 1002, es derrotado en Calatañazor, por los ejércitos de León, Navarra y Castilla. Muere al poco tiempo.

Representa Almanzor, como figura mítica, la cumbre de la cultura islámica, el máximo poder de las armas y del desarrollo en las letras y en las artes. Vivía rodeado de sabios, poetas y literatos, protegió la medicina y las ciencias positivas y fundó una especie de Universidad.

Córdoba era, y fue por muchos años, la mayor ciudad del mundo conocido. Sus califas y gobernantes contendían con poetas y filósofos, versificando y debatiendo; y la tolerancia era el marco de convivencia de tres culturas, cristiana, judía y musulmana. Sus representantes pugnaban después con las armas en el campo de batalla, pero las armas de paz y tolerancia eran la ciencia y la poesía. Los Califas hicieron suya aquella vieja sentencia de que *«la tolerancia es el símbolo de los fuertes»*.

No me recato de exhibir mi admiración por los árabes-hispanos, que nos transmitieron el saber de los clásicos griegos como, Aristóteles, Platón y tantos otros; los números que en el siglo X llegaron a los Reinos Cristianos, y de ellos, saltaron a Europa; el sentido de la urbanidad y del aseo personal, etc.

Cuando Fernando III, el Santo, tomó Sevilla a los árabes, sus tropas quedaron impactadas por el sentido de la pulcritud de las casas, los aseos y las personas de los vencidos, especialmente sus mujeres.

Para evitar desmanes hubo de castigar severamente a alguno de sus capitanes que presto se habían quitado las armaduras y las habían sustituido por ropas talares.

Fernando III en ningún momento se quitó la armadura, quizás por ello es santo.

Para completar este cuadro de admiración que el «Sur» suscita en el guerrero norteño, quizás proceda recordar aquella vieja historia del Rey

Católico que, desde el cerco de Granada, acudía reiteradamente a la ciudad de Sevilla buscando lo que, con múltiples significados, dio en llamarse el descanso del guerrero.

Tamaña fue la prevención de su esposa Isabel contra estos viajes y contra las féminas sevillanas que, cuando dictó las Leyes de Toro y reguló la sociedad legal de gananciales, como régimen común a todos los matrimonios de España, hizo una excepción: las sevillanas.

Regresando a Almanzor, tenemos que recordar que su prestigio descansaba cada vez más en el ejército, cada vez más numeroso, cada vez más heterogéneo, y cada vez más gravoso para un Imperio inicialmente comercial. Nada llegaba para pagar las tropas, las expediciones eran cada vez más indispensables, más frecuentes y más depredadoras.

Sólo las victorias militares, y el prestigio y poder de Almanzor podían mantener la situación. Su gloria y esplendor llevaban dentro, como ya dijimos, el germen de su destrucción.

Pocos años después de su muerte, con la división, comienza la agonía.

A partir de este momento y hasta finales del siglo XIII los fragmentados poderes musulmanes se entregan a una serie de luchas internas y *contra los poderes cristianos los cuales reproducen en España el proceso de crecimiento, y expansión ofensiva, que caracteriza la historia del Occidente europeo en estos trescientos largos años*. Durante este tiempo, la cristiandad latina lleva a cabo, por la fuerza de las armas y la evangelización —la espada y la cruz— un proceso expansivo frente a los húngaros, los eslavos y, de una manera muy especial, los musulmanes. Su resultado será la creación, acabada en los rasgos fundamentales por el 1300, del *área geográfico-cultural que hoy conocemos como Europa Occidental*.

LA IGLESIA

La Historia nos señala que *la Iglesia* fue una de las instituciones más perjudicadas por la penetración musulmana en España.

A principios del siglo, consolida su posición en el naciente reino asturiano, entre las razones que ayudan a esta consolidación de la Iglesia y

de su jerarquía *destaca la noticia del encuentro del sepulcro del Apóstol Santiago* en un monte cercano a la sede de Iria. Aquel lugar, Compostela, se convierte enseguida en meta de peregrinaciones, y más tarde *el propio Apóstol en símbolo de la resistencia cristiana frente al Islam*.

Eran tiempos del Obispo de Iria, Teodomiro, y del Rey de Asturias y Galicia, Alfonso II el Casto, que acude enseguida a Compostela e informa, puntualmente, al Emperador de Occidente Carlomagno.

LAS PEREGRINACIONES

Santiago de Compostela se convierte rápidamente en uno de los tres grandes focos de la Cristiandad, junto con Roma y Jerusalén.

De los más diversos puntos de Europa acuden a Santiago miles de peregrinos. Siguen sendas parecidas, tienen necesidades semejantes, buscan las mismas ayudas.

Pronto quedará trazado el *Camino de Santiago, cordón umbilical y cultural de Europa*, festonado de iglesias y hospitales. Por él pasarán nobles y mendigos, santos y pecadores, clérigos y artistas, dejando todos su huella: el arte, la música, la cultura de Europa, y, por supuesto, la fe.

Digo que cordón umbilical, porque desde muchas procedencias (desde las estepas rusas, Escandinavia, Islandia, Grecia, Turquía, y hasta la India, por citar algunos puntos significativos), el Camino constituye una cadena continua entre Roma y Santiago, dos de los grandes focos de la Cristiandad.

Camille Julian afirmó que las peregrinaciones «venían a formar una cadena viva, consolidando así la unidad del mundo cristiano».

El Conde Gómez Carrión, en el año 1047, a raíz de construir un «hospital para peregrinos y pobres», justificó la ubicación escogida «según el camino hecho en los tiempos antiguos para ir o volver de San Pedro a Santiago, Apóstoles».

A finales del siglo XI la llamada «división de Wamba», fija uno de los límites de la Diócesis de Osma, de la siguiente manera: «de Fruca hasta Alarcón como discurre el Camino de San Pedro que va a Santiago».

No es, pues, extraño que reyes como Alfonso VI, Sancho Ramírez, Alfonso IX, etc., mostrasen una honda sensibilidad a favor del Camino tendiendo puentes, levantando hospitales y albergues, erigiendo Iglesias, fundando pueblos y villas y eximiendo de impuestos de tránsito o portazgos, a los Peregrinos.

Tales fueron los afanes de dotar de seguridad el Camino que Alfonso VI, «queriendo hacer algo por su alma, por los pueblos de España, Francia y Alemania», logró tal eficacia, en el buscado objetivo de la seguridad, que hizo exclamar al autor de la Crónica de Pelayo de Oviedo: «una mujer, llevando oro o plata en la mano, podía recorrer todo el reino... sin que nadie la molestara».

Calixto II (1119-1129) instituye el Año Santo Jacobeo. Era hermano del Conde de Galicia, Raimundo, que a su vez era yerno de Alfonso VI. Gran amigo de Gelmírez, parece que este Papa Calixto estuvo en Santiago, en el año 1107, con motivo de la muerte de Raimundo.

En el año 1140 aparece la *Guía de Aimeric de Picaud* (incluida en el libro V del Codex Calixtinus). Se trata de un estudio pormenorizado de la Ruta Jacobea y constituye la primera guía turística del mundo.

EL CAMINO Y EUROPA

Enorme fue, pues, la influencia cultural y religiosa de Santiago Apóstol y su Camino trazado sobre la difícil geografía de Europa por millones de mujeres y hombres; enorme su virtualidad de fraguar la conciencia o idea de Europa, tanto que uno de los más grandes europeistas y autores, Goethe, llegó a exclamar: «Europa se hizo peregrinando a Compostela».

Santiago, compañero del Maestro, que por los lejanos años 40 de nuestra Era había cristianizado España, se convirtió en la principal fuerza para salvar España y Europa, su fe y su cultura. Aunque para ello fuese necesario vestirlo de guerrero, montarlo en un caballo y ponerle una espada en la mano.

La Europa que en sus rasgos fundamentales (espacio, cultura y valores) surgió a finales del siglo XIII, y a la que tanto contribuyó el Camino de Santiago, conoció momentos fulgurantes como el Renacimiento o nuestro

Siglo de Oro; conoció imperios inmensos como el español o el inglés; conoció confrontaciones bélicas sobre fronteras o sobre hegemonías políticas o económicas; conoció nacismos y fascismos aberrantes que ponían en peligro culturas y valores comunes que los europeos acrisolaron en el Camino de las Estrellas; pero una y otra vez renacía brioso ese conjunto de cultura y valores, incluso después de las dos guerras mundiales, que los europeos empezaron o protagonizaron en la primera mitad de este siglo, erigiéndose en victimarios de sí mismos y en animosos y desdichados destructores de la Europa que crearon durante tantos siglos de esfuerzos.

Y, quizás, este último renacer de la conciencia europea, y su manifestación más concreta, después de las dos guerras mundiales, cuando el tiempo y las amarguras tenían más que decantado que el camino del belicismo nunca fue ni será la solución, haya sido uno de los más esperanzadores movimientos de la Historia de Europa y de la Humanidad.

Me refiero a la Unión Europea, que hoy es una realidad inconclusa y enormemente perfectible, pero realidad al fin, a la que pertenecemos por geografía, por historia y por cultura.

Nació balbuciente en 1951 con la CECA (Comunidad Europea del Carbón y el Acero) y se vigorizó en 1957, con la firma de los Tratados de Roma, definidores de la Comunidad Económica Europea, integrada por seis países:

- Alemania.
- Bélgica.
- Francia.
- Italia.
- Luxemburgo.
- Países Bajos.

En 1972 se unen tres países más:

- Dinamarca.
- Irlanda.
- Reino Unido.

En 1981 se suma Grecia y en 1985 lo hacen España y Portugal.

Era ya la Europa de las doce estrellas que en 1995 pasó a ser la de los 15 países después de la unión de:

- Austria.
- Finlandia.
- Suecia.

No importa, o mejor dicho, no es este el momento, de valorar el euroescepticismo que brota en algunos países de esta esforzada Unión Europea, y también, en cierta medida en nuestra España. Porque en definitiva tiene remedio a través de acciones jurídicas, sociales o económicas que los Estados miembros pueden y deben acometer.

Importa resaltar que Europa comprendió, después de centenares de años de aprendizaje, tan frecuentemente trágico, que había que volver definitivamente al viejo camino del diálogo, del entendimiento, de la cultura y de lo solidario.

Un cuadro complejo, en el que tiene que caber, y diluirse en el mayor grado posible, los egoismos económicos; pero un cuadro, al fin, que recoge lo mejor de lo común, y que nos recuerda con vehemencia esa fragua de conciencia europea: el Camino de Santiago, *que había sido verdaderamente la primera acta única de los europeos*, porque no supo de fronteras, ni de disparidades idiomáticas, ni de egoismos separatorios. Europa se encontraba asimismo en el Camino siglo a siglo, y lo que por tanto tiempo sólo pudo soñarse como un deseo o una utopía, la Unión Europea, se asoma, repito, como un proceso, difícil y lento, eso sí, pero consolidado e irreversible.

Precisamente el ACTA ÚNICA, la material, firmada en 1986, que empezó sus efectos más esenciales el día 1 de Enero de 1993, Año Santo Jacobeo, tiene por objetivo la creación de un espacio sin fronteras para la libre circulación de mercancías, servicios, capitales y personas.

A tal efecto, motivó más de 300 disposiciones comunitarias, e incorporó los principios de cohesión económica y social, servidos a través de los Fondos Estructurales (FEDER, FES y FEOGA) que tratan de incidir especialmente en las regiones, sectores y capas de población más desfavorecidas.

EL TRATADO DE MAASTRICHT

Un paso más, por ahora el postrero, lo dió el Tratado de Maastricht, que constituye en su propia expresión, «una nueva etapa en el proceso creador de una unión cada vez más estrecha entre los pueblos de Europa», en la que las decisiones serán tomadas de la manera más próxima posible a los ciudadanos. Pero no es este Tratado el punto final o de llegada, sino que él mismo preve cláusulas evolutivas y posibilidades de revisión, señalando incluso que en el año 1996 deberá de celebrarse una conferencia intergubernamental a estos efectos, y, especialmente, para revisar los poderes del Parlamento Europeo, la política común de defensa, los avances de la unión monetaria, etc.

Llamados a resumir cuales puedan ser los dos grandes campos en los que intenta incidir el tratado de Masstricht, debemos citar:

Por un lado la *Unión Económica y Monetaria*, y por otro *el establecimiento de las bases para la Unión Política*, centrada en más democracia (atribución de mayores poderes al Parlamento Europeo), en más eficacia (mayor agilidad y vinculación en el juego insitucional), en más solidaridad interna (reforzamiento de la cohesión económica y social), en más solidaridad de cara al exterior (política exterior común, que posibilite una mayor capacidad de iniciativa internacional) y un mayor equilibrio en todos los sentidos (mediante la incorporación de una especial dimensión humana y política que supere el economicismo tradicional, con el consiguiente desarrollo de la ciudadanía europea).

Los principios y objetivos del Tratado de Masstricht vienen a suponer un avance, cuantitativo y cualitativo, de alto nivel de la Unión Europea.

Así dentro del marco de respeto a las libertades y derechos fundamentales de las personas, del respeto a la identidad nacional de los Estados miembros, del principio de subsidiariedad, tendente a evitar conflictos en las acciones; dentro, también, de los principios de suficiencia de medios y de la unidad institucional, intenta el Tratado de Maastricht promover el progreso económico y social equilibrado, afirmar la identidad global de la Unión Europea en el ámbito internacional, reforzar la protección de los derechos e intereses de los ciudadanos, desenvolver la cooperación en los campos de la justicia y de la política interior y mantener íntegro el acervo comunitario.

Largo fue el camino recorrido y difícil va a ser, sin duda, alcanzar la meta de la plena unión política y económica. Pero, repito, la situación alcanzada es substancialmente irreversible.

EUROPA, ESPAÑA, GALICIA Y LA UNIÓN EUROPEA

Llegados aquí, después de las etapas históricas del Tratado de París, los Tratados de Roma, el Acta Única y el Tratado de Maastricht, y después de percibir en el ambiente, según ya hemos dicho, un principio de euroescepticismo, particularmente agudo en determinadas áreas políticas, tenemos forzosamente que preguntarnos desde el rigor:

¿Mejóro Europa substancialmente con la Unión Europea?

¿Mejóro España, también substancialmente, desde la propia Unión Europea?

¿Cómo repercutió este largo iter recorrido en nuestra Galicia?

Las preguntas no pueden venir ni de los triunfalismos, ni de los pesimismo, sino del rigor que no confunde nunca las realidades con los deseos; no permite comparar esta Europa que tenemos, ni esta España común, ni esta Galicia nuestra, con una Europa idílica, con una España soñada, o con una Galicia ideal.

Para responder, tan solo quiero resaltar que la EUROPA DE LOS DOCE, sin sumarle siquiera los tres nuevos socios, representa en importaciones y exportaciones más de lo doble que Estados Unidos y Japón juntos; y que el aumento del Producto Interior Bruto entre 1985, en que España ingresó en la Unión Europea y 1991, fue enormemente favorable a Europa en comparación con los Estados Unidos de América. Estados Unidos creció un 8%, de su valor a precios de mercado, su Producto Interior Bruto durante este período, mientras que Europa creció, nada menos, que el 43% y España más de un 81%.

Las cifras, frías como todas, son notoriamente significativas.

Pero no podemos olvidar que la negociación de ingreso en el Mercado Común pudo haber viavilizado frutos más positivos y evitado limitaciones tan drásticas en la agricultura, la producción láctea y la pesca.

Nadie puede ignorar estos graves problemas, y especialmente en la pesca, en donde la evolución de las potencialidades de muchos países, que descubrieron una repentina vocación pesquera, y la atribución de las 200 millas de aguas jurisdiccionales, y hasta la pretensión de aumento de las mismas, crean reiterados y difícilísimos conflictos.

Ayer fue Canadá, hoy es Marruecos, de siempre viene siendo Francia, y mañana no se sabe quien será.

La actual situación es evidentemente más grave que la de 1985, pero no como consecuencia del ingreso en la Unión Europea, sino por causa de todos los factores, que hemos mencionado, empujados desde un legítimo afán de desarrollo que preside a casi todos los países costeros.

La gran pregunta es, si desde fuera de la Unión Europea, nuestra España podrá en solitario obtener resultados más ventajosos, o mínimamente aceptables, frente a los comprensibles egoísmos de los Estados costeros. Si desde el estricto peso de su influencia política y económica lograría mantener los caladeros y nivel de captura que actualmente mantiene. Y que nadie me malinterprete:

La actual situación no es la meta deseada para nuestra gran potencialidad y vocación pesquera, sino que otras, mucho más altas, tenemos que alcanzar.

Pero también para tal menester cabe preguntarse si nos bastaría la soledad y sería suficiente el aislamiento.

Claro está que, por poca racionalidad que queramos gastar, debemos de concluir que la ayuda la tenemos porque estamos en la Unión Europea. Y que de no ser así, no estarían a nuestro alcance ni los caladeros canadienses, ni en su momento los marroquí, que volverán, ni, obviamente, los cualitativa y cuantitativamente, magníficos caladeros comunitarios.

Suponer lo contrario sería engañarnos a nosotros mismos.

Como sería engañarnos, negar que percibimos mucho más de los Fondos Europeos que contribución hacemos a la Europa común.

	Pagos Comunitarios	Aportación española	Saldo Financiero total
1986 (1)	102.481	110.886	- 8.405
1989	474.763	287.395	+ 187.369
1994	1.155.161	803.408	+ 351.753

1986 a 1994 (ámbos incluidos): 1.981.370

(En millones de pesetas en términos de Caja).

(Fuente: Ministerio de Economía y Hacienda).

(1) (Único año de saldo negativo).

Este macrosaldo positivo no tiene otra finalidad que buscar el equilibrio territorial, imperativo insoslayable de justicia, conforme a los principios y objetivos de la Unión Europea.

Particularizando a Galicia tenemos que reconocer un especial aspecto de mayor gravedad en lo que se refiere a los problemas pesqueros y de producción láctea. Si España tiene una potencia pesquera, aproximadamente igual a la del resto de los Estados Comunitarios, Galicia equivale a más del 50% de España, circunstancia que revela bien a las claras cual es el peso que en la economía gallega supone tanto la industria extractiva como la de sus derivados.

Y otro tanto cabe decir de la producción láctea, congelada con referencia al 31 de Diciembre de 1985, cuando nuestro campo estaba en plena transformación cara a un aprovechamiento inmensamente más rentable de las idoneidades ganaderas de Galicia. Una serie de circunstancias intrínsecas de Galicia, más el resultado de planteamientos y negociaciones hechos con el Gobierno Central, vienen paliando este problema y manteniendo expectativas racionales en el sector.

Pero, y en lo que se refiere a la pesca aún con más vehemencia, tenemos que hacernos la pregunta de si fuera de la Unión Europea, y hasta fuera de España como algunos pretendían, sería posible no sólo encontrar solución a los problemas existentes, sino, ni tan siquiera, mantener los caladeros en los que tan esforzadamente faenan los pescadores gallegos.

Lo que si cabe reclamar, y con decisión y de viejo se viene haciendo desde las Instituciones Gallegas, es la participación de Galicia en los foros que dirimen la política pesquera de la Unión Europea y en la mesa de negociaciones que ésta viene entablando para derimir las diferencias con terceros.

No cabe duda de que quien representa un activo tan considerable en el sector, y que en tan alto grado depende de la actividad que en nuestro caso se despliega, debe de estar allí donde se definen las políticas, se distribuyen los caladeros, se reparten las cuotas, y se definen las ayudas.

EPÍLOGO

Desde hace más de 1.000 años, en que los europeos empezaron a encontrarse en el Camino de Santiago y a adquirir conciencia de lo que nos unía, hasta el mundo complejo de hoy, en que la Europa Comunitaria sigue luchando por una más fuerte cohesión (en la que se diluyan y defiendan los legítimos intereses económicos de las distintas áreas que la conforman), se ha recorrido un largo camino marcado por mil avatares, pero presidido por aquel viejo espíritu que nos hizo afines y ciudadanos europeos.

Pervivió, pues, la cultura acrisolada en el Camino de Santiago, y, esencialmente, su sistema de valores. El Camino sigue siendo símbolo de atracción para millones de europeos, como demostró el año 1993 y confirmará el 1999, último Año Santo Jacobeo del milenio que nos ha tocado vivir.

Galicia tuvo el histórico protagonismo de ser la meta, y el reciente protagonismo de reverdecerla en momentos en que las dificultades de este mundo de interrelaciones, en el que nada nos puede ser ajeno, demandan aquel viejo entendimiento, aquel esfuerzo solidario y aquel espíritu de comprensión que millones de mujeres y hombres traían en sus corazones cuando caminaban hacia las tierras de Jacobsland, hacia el Finisterre europeo.

Esto al menos es la esperanza que alimentamos.